La Bella y la Bestia

Adaptación y diálogos	Jean Coeteau
Director	Emile Darbon
La Bestia y Avenancio	Jean Marais
Hermosa	Josette Day
Adelaida	Milu Parely
Felicia	Nane Germás
Ludovico	Michel Auclair
El mercader	Marcel André

(No se sabe exactamente cuándo y dónde sucedió la historia de la Hermosa y la Bestia de la que vamos a dar noticia en estas columnas, pero, ¿qué importan las minucias históricas y geográficas cuando lo que está en juego son los temas perdurables de la vida humana? De lo que aquí se trata es de la virtud y el vicio, del orgullo y la humildad y, sobre todo, de los encantos del amor.)

EL pobre envidia al rico; pero, en su indigencia, nada sabe de las condenadas noches en vela del hombre obligado a defender su patrimonio contra los reveses de la fortuna.

El rico mercader de nuestra historia, de cuyo nombre nadie se acuerda, lleva varias noches sin poder conciliar el sueño. En su tribulación, es él quien ahora envidia al siervo que nada teme porque nada tiene. El mercader ha arriesgado toda su fortuna en un negocio fabuloso que ha de llegarle por los caminos del mar. Que sople moderada la brisa y el precioso cargamento llegará a puerto; pero que se desate el huracán y nuestro hombre se verá obligado a vivir de la caridad de los que hasta ahora han sido sus siervos.

Por fin, una mañana llegan noticias del mar. El emisario dice que ha visto en los muelles un barco consignado a nombre del mercader. Este, ebrio de alegría, luego de haber comunicado la buena nueva a sus hijas, decide partir en el acto.

Tres son las hijas del mercader. Felicia, Adelaida y Hermosa. ¡Cuán distinta de sus hermanas la última! Felicia y Adelaida se dan muchos humos; sólo piensan en coquetear y con alevosa intención descargan siempre su negro humor sobre Hermosa que, humilde como la violeta de los campos, sufre en silencio su condición de Cenicienta. Tan buena como hermosa, vive de la inextinguible alegría que le proporcionan el amor y el servicio de su padre.

—Hijas mías, ahora sí que vamos a ser ricos. Decidme qué queréis; sea lo que sea, palabra que he de comprarlo—. Así habla el padre a las tres hermanas.

No es poco lo que piden Felicia y Adelaida. ¡Cómo centellean sus ojos cuando hablan de vestidos, joyas, zapatos y loros en jaulas de oro!

—Y tú, Hermosa, ¿qué es lo que quieres?

—Yo sólo deseo que me traigas una rosa— contesta la discreta muchacha, que se ha quedado un poco atrás. Sus hermanas le vuelven la espalda porque no pueden sufrir su tonta demanda.

El mercader, montado en su brioso corcel, que se llama, y con razón, el Magnífico, corre hacia el mar sin sospechar nada de la desgracia que le acecha. ¡Qué ciego el hombre ante su destino! Sí, el barco está en el puerto, pero la cubierta ha sido asaltada por los acreedores que se reparten la mercancía para cobrarse los créditos concedidos. Porque ha sucedido que las otras embarcaciones han caído en manos de los corsarios que, en aquellos días, eran la maldición de los mares.

—¡Márchate, vuelve a tu casa, si no quieres ir a presidio! ¿Acaso un barco es suficiente para resarcirnos del dinero que te hemos prestado?— le dicen los usureros.

Son gente a quienes el apego al oro ha endurecido el corazón. El mercader, impotente en su soledad, no tiene más remedio que regresar. ¡Si al menos pudiera pasar la noche en la taberna!; pero hallándose sin dinero ha de emprender la ruta al anochecer.

La noche es obscura y, en las tinieblas, el bosque que ha de atravesar parece dilatarse hasta el infinito. Magnífico se pierde en aquel laberinto de árboles y más árboles. Haciendo y deshaciendo caminos, el mercader llega hasta un castillo cuya existencia ignoraba. Aquella opulenta construcción parece haber surgido allí como por obra de magia. Pavor y curiosidad disputan en el ánimo del mercader. La tentación de entrar es, sin embargo, irresistible y nuestro hombre, una vez traspasado el umbral de la puerta, quédase materialmente petrificado.

El espectáculo es de una magnificencia indescriptible. Algo como sólo puede ser soñado. Allí se amontonan objetos preciosos de incalculable valor y tanta riqueza está abandonada, puesto que nadie responde a la presencia del mercader, que, extasiado deja transcurrir sin darse cuenta toda la larga noche.

Al despertar la nueva mañana, el hombre, arrancándose a la seducción del lugar, decide proseguir su marcha. A la luz del día descubre que el campo está tapizado de rosas y entonces se acuerda de la petición de Hermosa. ¡Ella será la única que tendrá lo suyo! Pero, ¡qué extraño enigma puede encubrir una sencilla rosa roja del bosque! ¿Quién ha considerado el misterio que late en el corazón de la flor silenciosa?

—¡Considérate muerto!

Un monstruo, mitad hombre, mitad bestia, ha surgido súbitamente asiendo del brazo al mercader, cuya mano temblorosa retiene la rosa.

Es un robo cometido en los dominios de la Bestia, que exige, por la rosa, la vida.

«Una vida por una rosa», pensaría el mercader si el miedo le permitiera discurrir. Viéndole temblar la Bestia, le dice:

—Una vida basta. Estoy dispuesto a cambiar la tuya por la de una cualquiera de tus hijas, si es que alguna de ellas quiere substituirte.

¡Ni pensarlo!; pero, que le sea permitido a un padre volver a ver a sus hijas antes de morir.

La Bestia accede. Magnífico, le devolverá a su hogar y, después, encontrará el camino de vuelta que ha de conducirle al castillo, con sólo que diga unas palabras cuya fórmula el monstruo le revela.

Al llegar a casa el mercader cuenta la sin igual aventura a sus hijas, y a Ludovico y Avenancio, dos amigos que se han juntado para participar en la tribulación de la familia. Las palabras del mercader encienden la codicia de Felicia, Adelaida y de los dos muchachos quienes, desde este momento, ya sólo piensan en las riquezas abandonadas en el castillo. No les importa la suerte de su padre: les importa llegar a un acuerdo sobre la proyectada expedición al bosque. Discuten, gritan y este clamor es aprovechado por Hermosa, que corre al establo en donde encuentra a Magnífico, que ha de conducirla hasta el monstruo.

Hermosa está en poder de la Bestia, pero ésta no exige su muerte, sino todo lo contrario, su amor. El castillo pasa a ser de Hermosa y la Bestia se contenta en venir cada noche sólo para contemplar cómo la joven termina su cena. El despotismo del monstruo se ha convertido en dócil mansedumbre. Tal es la virtud que poseen la luz de unos ojos y la música de unos labios.

La muchacha en su instinto femenino presiente no sabe que misterio de dolor en aquel ser de tan feo aspecto. Y cada vez que la Bestia le dice:

—Hermosa, ¿quieres ser mi mujer?, ella, al escuchar el quejido que late en aquellas toscas palabras, siente piedad al responder firmemente:

—¡No!

Mientras tanto en casa del mercader las cosas no han hecho sino empeorar. Los acreedores, luego de haber caído sobre el barco, han desvalijado la hacienda. Tantas desgracias seguidas están acabando con la salud del padre, mientras las hijas tienen que llevar a cabo los menesteres más serviles. Ludovico y Avenancio discurren inútilmente buscando la manera de salirse de aquel atolladero.

De su lado, a fuerza de súplicas, Hermosa ha obtenido de la Bestia el permiso de pasar una semana junto a su padre. Nobleza obliga y la joven jura volver una vez aspirado el plazo concedido. La Bestia sella el juramento fiándole la llave que conduce al Pabellón de Diana, que es donde se ocultan los tesoros más valiosos. Bastará que Hermosa se ponga los guantes que le regala la Bestia para volar a casa.

Igual conducta habrá de seguir para volver al castillo.

Hermosa llega, en efecto, sana y salva a su casa. Su presencia cura al padre, pero su narración agrava el mal de sus hermanas, el mal que se llama la codicia. Ellas y sus amigos no desean sino apoderarse de la llave que tan descuidadamente lleva consigo Hermosa. Cediendo a instancias del padre y a aquellas, nada sinceras, de las hermanas, Hermosa, culpable, deja pasar el plazo convenido, lo que facilita a sus hermanas la ocasión de robarle la llave y pasarla a los muchachos muy dispuestos a desvalijar el Pabellón real. Pero, ¿cómo hallar el camino desconocido? Milagrosamente, los sucesos van al encuentro de sus deseos. He ahí que Magnífico ha regresado solo al establo. Colgando del collar lleva un espejo. Los muchachos, que nada tienen que hacer con prenda tan femenina, lo arrojan a las muchachas, y saltando sobre la grupa emprenden veloz carrera.

El espejo desdeñado por Felicia y Adelaida cae en manos de Hermosa, y lo que ve en él la llena de espanto y de ternura: el rostro casi humanizado de la Bestia expresando un indecible dolor. Aquel ser se muere por su culpa. La joven se pone los guantes y con un salto llega a tiempo de asistir a la Bestia que, al parecer, ha entrado en agonía. Inútil cuanto hace para reanimarle. Entonces, ante aquella desgraciada criatura, Hermosa siente un poderoso impulso de amor y sin poder dominarse, le promete ser su esposa si vuelve a la vida. ¿Qué más podría hacer?...

Los muchachos, por su parte, no han perdido el tiempo. Mientras Hermosa cuida de la Bestia, ellos han conseguido forzar el Pabellón de la reina que encuentran, en efecto, atestado de objetos preciosos, oro y diamantes, pero cuando Avenancio se dispone a poner las manos sobre los tesoros, es alcanzado por una flecha misteriosa y su rostro se convierte en el acto en el de la Bestia. Ludovico, muerto del susto, cae al suelo envuelto en un horrible ruido de cristalería rota.

Y cuando la Hermosa levanta el rostro ve a su lado, no a la Bestia moribunda, sino a un príncipe encantador que tiene el rostro igual que Avenancio, a quien ella había siempre amado en secreto. La mirada de amor que ella ha tenido por él ha roto el maleficio que encadenaba al príncipe. Ahora, protegidos por su manto real, van a tomar posesión del Palacio en donde les esperan ya el padre y las hermanas convertidas desde este momento, en sirvientas de la que hasta entonces habían tratado como una cenicienta.